

Jefatura Política

—Y—

Comandancia : Militar

DEL

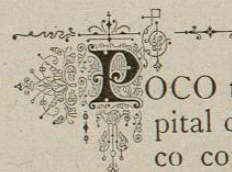
Distrito del Sur de Tamaulipas.

1861.—1862.





Jefatura Política y Comandancia Militar
del Distrito del Sur de Tamaulipaş.



POCO tiempo después de haber llegado á la capital de la República, procedente de Tampico con licencia del Gobierno para asuntos particulares, el General D. Ignacio Zaragoza, que desempeñaba el Ministerio de la Guerra, me mandó llamar para decirme que los de Tampico querían que yo volviese á hacerme cargo de la Comandancia de artillería, y me preguntó si era de mi gusto aquella colocación. Le contesté que iría á donde me enviase el Gobierno, y contento á Tampico, pues tenía simpatías por aquel puerto y contaba en él con bastantes relaciones; pero que desearía que mi permanencia allí fuese provechosa á la Nación, pues en otras dos ocasiones que había estado no me fué posible arreglar convenientemente el arma de artillería, por haber tenido que luchar con obstáculos que no me había sido dable vencer. Me dijo el señor Ministro que cuales eran mis ideas sobre el particular. A lo que le contesté que creía indispensable que toda la

artillería que existía en la plaza se pusiese en buen estado de servicio, pues había cañones sin dotación ninguna de municiones, ó con muy pocos tiros: á otros les faltaban los juegos de armas, ó los útiles para servirlos; y otros se hallaban sin cureñas; que yo opinaba que aunque fuese poco á poco se fuesen reparando todas las faltas, de una manera que pasado algún tiempo se hallase la artillería lista para todo servicio; que, además, me parecía oportuno que se reparase la antigua fortificación, que estaba deteriorada, completándola con algunas obras que en mi concepto eran necesarias en algunos puntos débiles ó indefensos, lo cual podría hacerse económicamente, construyéndose las obras de tierra con revestimiento interior de madera; que no siendo los trabajos requeridos de gran consideración, yo mismo los podría dirigir, poniendo á mis órdenes uno ó dos Oñciales de Ingenieros, para evitar el antagonismo que generalmente se establece cuando los Jefes de artillería y de Ingenieros obran independientemente.

El General Zaragoza me ordenó que le diera un informe por escrito del estado que guardaba Tampico, y de lo que yo proponía, para resolver lo conveniente. Esto pasaba en el mes de Julio de 1861.

Pocos días después le presenté un escrito del tenor siguiente:

“Ligera descripción del Puerto de Tampico y sus fortificaciones”.

La posición topográfica de la ciudad de Tampico es sin duda de las más ventajosas, militarmente hablando, para que una guarnición relativamente poco numerosa, pueda defenderse con buen éxito. Bañada por el E. y el S. por el caudaloso Río Pánuco; protegida su espalda al N. con la laguna del Carpintero; por el S. O. y O. por el Río Tamesí y la Laguna del Chairel; y separada del llano llamado el Espartal, por la cortadura ó canal que une la laguna del Carpintero con el Río Pánuco; Tampico queda situado en una península que se convertirá fácilmente en isla, tan luego como se construya el nuevo canal que comenzó el General D. Juan José de

la Garza, que está destinado á unir las aguas de la laguna del Chairel con las del Carpintero. Pero la naturaleza por sí sola rara vez proporciona posiciones militares perfectas; y es necesario que la mano del hombre, aprovechando las ventajas que la tierra ofrezca, se encargue, dirigido por la inteligencia, de completar una obra que se halla en bosquejo.

El estado que actualmente guardan las obras de la plaza deja mucho que desear para el objeto, y creo necesario que el Supremo Gobierno fije su atención en ello, y aprovechando los escasos elementos con que pueda contar, resuelva que se ponga mano á una obra que si bien con lentitud, pero con constancia, producirá un buen resultado, más ó menos remoto, pero seguro, que llevará insensiblemente á un término lisonjero.

Teatro Tampico desde su fundación, de las escenas sangrientas de que la República ha sido víctima, ha sido con frecuencia el abrigo de fuerzas beligerantes que trataron de levantar defensas más ó menos perfectas y sólidas. En la actualidad sólo quedan restos de aquellos trabajos, y la acción del tiempo acabará por destruirlos enteramente.

La descripción de las obras que hoy existen puede reasumirse del modo siguiente:

Hacia el O. y en la parte más elevada de la población, se destaca el fortín llamado Casa Mata. Sus escarpas y parapetos son de cal y canto bastante sólidos; pero tiene una forma irregular. En el centro se elevan dos almacenes de bóveda, formando una sola construcción, con un terrado que admite piezas de artillería. Estos almacenes son los únicos con que cuenta la plaza para guardar sus municiones. En la parte baja del fortín hay cuatro cañones de plaza, y sobre los almacenes dos piezas de batalla, habiéndose construido allí un pabellón de madera para los Oñciales.

El fortín es muy incómodo y está maltratado; pero siendo la única obra cerrada que existe, poca cosa puede reformarse de ella, y no sería conveniente destruirla, porque ha costado bastante dinero y puede servir como pun-

to de partida para el nuevo trazo que pueda darse á la línea que se establezca.

De Casa Mata baja un parapeto con foso hasta la orilla del Río Tamesí, con un saliente que se apoya en él. Esta obra, que es de tierra, está muy deteriorada, y exige un trazo más ventajoso. Otra línea que se halla en el mismo estado, se apoya en Casa Mata por el N. O., rodea el campo-santo, y volviendo al N. E. termina con un saliente detrás del cuartel llamado del 8º. Delante de esta obra, á unos cien metros, y cerca de la orilla de la laguna del Carpintero, existe un reducto cuadrado casi en ruina, también de tierra, y que llaman de la Cuarentena, obra necesaria, aunque con otro trazo, para impedir que un enemigo emprendedor se deslice al centro de la plaza, sin necesidad de atacar la línea del 8º.

Desde este lugar hasta el llano del Espartal no existe obra alguna, fiándose la seguridad de la plaza en el obstáculo material de la laguna, que puede vencerse de noche, conduciendo allí canoas ó construyendo balsas y atacando por sorpresa, y también de día, apoyando el desembarco de la tropa con baterías situadas sobre las alturas que dominan la plaza.

Para proteger la parte E. de la ciudad y dominar el Río Pánuco, había construido á la orilla del canal ó cortadura del Espartal, un reducto de figura irregular, formado de tierra con revestimiento interior de madera, y armado con piezas de plaza y costa de grueso calibre.

Con el objeto de hacer allí una obra de más importancia, se derribó el reducto y se trazó un fuerte cuadrado con bastiones, que por falta de recursos no se concluyó, quedando solamente dos frentes y baluarte y medio del lado de la plaza, y descubierto por el lado del campo.

Desde este fuerte, llamado Iturbide, hasta Casa Mata, siguiendo la orilla del río, no hay obra alguna de defensa; de suerte que bastarían algunas lanchas cañoneras para insultar la plaza y ponerla en conflicto.

Como en Tampico existe un material de guerra considerable, entre el cual se cuentan cerca de cincuenta cañones de plaza y de batalla, de varios calibres, y una

gran cantidad de proyectiles, además de fusiles, pistolas, cartuchos elaborados para armas portátiles, etc., me parece indispensable para guardarlo poner la plaza en estado de defensa, reparando las obras y levantando la artillería, mucha de la cual se halla sobre polines por falta de cureñas; ó de lo contrario, desarmarla, retirando de ella todo el material de guerra.

En el primer caso, en mi concepto, se debe proceder con la mayor economía, con una cuadrilla poco numerosa al mando de uno ó dos Oficiales de Ingenieros, de modo que no aumente sensiblemente el presupuesto. En el segundo caso se tendrán que erogar cuantiosos gastos para trasladar el material, quedando la plaza á merced del primer ambicioso que quisiera explotar la Aduana. Es verdad que una pequeña cuadrilla adelantaría poco en los trabajos; pero como el tiempo vuela, el día menos pensado el Supremo Gobierno, sin haber hecho sacrificios y casi sin sentirlo, se hallaría con una plaza tan fuerte, relativamente, como Veracruz, que sería un nuevo baluarte de las libertades públicas y de la independencia nacional.

Para conseguir el objeto indicado, me parece que serían suficientes los modestos elementos que siguen: Una cuadrilla de quince ó veinte hombres para la reparación de lo que existe; un obrero de maestranza, hábil, que fuera provisto de plantillas de las maestranzas de México y Veracruz, y que pudiera servir de maestro mayor de montajes.

Una corta asignación para el sostenimiento de la maestranza.

Un Oficial inteligente, guarda-almacenes de la plaza, que pusiera en orden el parque, é hiciera un inventario de lo que existe; porque en la actualidad, ni el Comandante de la plaza ni el Supremo Gobierno lo saben; causando esto grandes pérdidas al Erario, por el deterioro de los efectos almacenados sin orden, y por la posibilidad del extravío.

Con estos elementos, y proponiendo al Supremo Gobierno para su aprobación, los planos y presupuestos

de las obras que nuevamente se intentaran, con pocos años de constancia, Tampico sería la tercera plaza de guerra de la Nación.

Solamente en caso inminente de guerra, el Gobierno destinaría los recursos necesarios para poner la plaza en poco tiempo en estado de defensa.

Las conveniencias políticas que resultarían de este proyecto son notorias.

Por su posición geográfica y estratégica, Tampico tiene que ser ocupado en una guerra con cualquiera nación de Europa ó con los Estados Unidos. En el estado actual, bastaría para apoderarse de la plaza, una expedición insignificante; pero puestos en juego los elementos con que puede contar, serían necesarios una gran fuerza y un material de guerra poderoso.

En el remoto caso de que la reacción ó cualquiera otro partido político, enemigo de la libertad, se entronizara en el interior del país, Tampico sería inaccesible para él.

Otras consideraciones podría añadir á las precedentes, pero por ser de menos importancia, y por no hacer difuso este escrito, las suprimimos.

México, Julio de 1861.”

El General Zaragoza me ofreció que se impondría de mi informe; y me ordenó que volviere pasados algunos días. Pocos días después me presenté en el Ministerio, y habiéndome hecho anunciar, me mandó á su Ayudante, el Capitán de Estado Mayor D. Luis Alvarez, para que le explicase las reformas que creyera necesarias en la fortificación de Tampico; porque el señor Ministro se hallaba muy ocupado.

Pedí á Alvarez que me facilitara un plano de la ciudad, un lápiz y un pliego de papel de calcar, persuadido de que una demostración gráfica valdría más que muchos razonamientos. Colocando el papel sobre el plano, y marcando en él la línea de fortificaciones, le hice notar los puntos débiles ó indefensos que tenía, y la necesidad que había de cubrirlos con redientes, lunetas ó tenazas, las cuales tracé para mayor inteligencia del señor Ministro, quien me mandó decir que volviere pasados

unos días. Cuando lo efectué, me hizo decir por el mismo Ayudante que el Gobierno no podía ocuparse de mi proyecto, á consecuencia de las escaseces del Erario, lo que me hizo creer, ó que el señor Ministro no leyó mi escrito, ó que el Capitán Alvarez le dió un informe en contra.

Con sentimiento tuve que prescindir de mis deseos de poner á Tampico en buen estado de defensa; porque en el estado de agitación en que el país se hallaba, no era necesario ser profeta para prever que aún teníamos que pasar días de amargura y que todo lo que tendiera á aumentar nuestros medios de resistencia, era racional y prudente.

En estos días recibí la patente de Teniente Coronel de artillería permanente, Comandante de artillería de la plaza de Tampico.

Desde luego esperé la orden de marcha, y me alisté para emprenderla, tan luego como se comunicara aquella. Pero en aquellos luctuosos días, la reacción había erigido la cabeza, y tenía bloqueada á la Capital, ocupando todos los caminos que á ella conducen, no siendo posible transitar por ellos, sino con fuertes destacamentos.

Degollado, Ocampo, Leandro Valle, Susano Quevedo, y otros muchos liberales, habían sido sacrificados por la saña rabiosa de D. Leonardo Márquez ó de sus secuaces. Este General, después de haber hecho una larga y diestra correría hasta el mineral de Catorce, donde impuso un fuerte préstamo, no llevando á sus órdenes más que una fuerte columna de caballería, regresó violentamente á la sierra de Querétaro, donde se perdió, no volviéndose á oír hablar de él.

Mientras Márquez efectuaba sus correrías, se organizaba en el corazón de la sierra una fuerte división, que disciplinaban con el mayor sigilo los Oficiales reaccionarios que habían huido de México. Próxima á terminarse la instrucción de las tropas, Márquez emprendió su correría hasta Catorce para arbitrarse recursos para ponerse en campaña.

Así fué que cuando al frente de cuatro mil hombres bien armados y equipados salió de la sierra, primero la incredulidad y después el estupor, se apoderaron del Gobierno y del partido liberal, que se creyó perdido.

Por el contrario, los conservadores, llenos de aliento, comenzaron á manifestar su insolencia y á preparar una dragonada contra sus enemigos, para cuando llegase Márquez, victorioso.

Las circunstancias eran por demás críticas: la guarnición de México no era numerosa, y no se podía dejar desguarnecida la ciudad, sin exponerla á una sublevación de los conservadores; pero era preciso jugar el todo por el todo.

Márquez había entrado á Pachuca á viva fuerza, donde impuso otro préstamo; y si no se le contenía, en pocos días estaría á las puertas de la Capital.

Persuadido de esto el Gobierno, mandó al General D. Santiago Tapia con una brigada que pudo organizarse; y después hizo que se le incorporase el General D. Porfirio Díaz con los batallones de Oaxaca, que hicieron una marcha casi sin interrupción, desde México á Pachuca, cerca de cuya población alcanzaron á Tapia, cuya tropa también se hallaba fatigada.

Márquez ocupó desde luego las alturas que van de Pachuca al Mineral del Monte, formando en varias líneas, porque la estrechez del terreno no le permitió extender sus fuerzas, cuya circunstancia contribuyó, tal vez, á darle la victoria á Tapia, que llevaba mucha menos fuerza, y no pudo ser envuelto ni flanqueado.

Aquel bizarro Jefe dió unos momentos de respiro á sus tropas, y en seguida las lanzó sobre el enemigo. Los batallones subieron con intrepidez hasta llegar á tiro de pistola. Allí se detuvieron, y por ambas partes se trabó un combate de fusilería casi á boca de jarro, que no duró mucho, pero que naturalmente fué muy sangriento.

Las tropas de Márquez flaquearon, los nuestros cargaron á la bayoneta, y abriendo paso al cuerpo de cara-

bineros, juntos desbarataron al enemigo, que se desbandó completamente.

Esta victoria, que tuvo lugar á fines de Octubre ó á principios de Noviembre, salvó al partido liberal de una gran catástrofe y á la Nación de un sonrojo, pues ocupando la Capital el partido conservador, los franceses la hubieran ocupado al año siguiente sin disparar un tiro.

El servicio que prestó en esta vez el General Tapia no lo han apreciado los liberales como debían.

Cuando llegó á México la noticia de la completa derrota de Márquez, los conservadores no la creían; y pensaban que la salva que mandó hacer el Gobierno era un expediente para tener la opinión pública entretenida, mientras él preparaba su fuga. Al tercer día se convencieron con gran dolor, al ver á Tapia hacer su entrada triunfal con su división.

Esta victoria dejó expedito el camino de Tampico, y el Gobierno, que deseaba mandar allí un Jefe de prestigio, tanto por la guerra civil que asolaba á Tamaulipas; como porque ya tenía noticia de la convención tripartita, aprovechó la ocasión para enviar al General Tapia como Jefe Político y Militar del Distrito del Sur de aquel Estado.

Nombró el Gobierno al General graduado D. Demetrio Chavero como Comandante de Ingenieros, con objeto de poner la plaza de Tampico en estado de defensa. Nombramiento desacertado, porque Chavero, lleno de facundia y con bastante erudición, podía muy bien hablar horas enteras exponiendo multitud de hermosas teorías, mas llegando á la práctica, no había noticia de que nunca hubiera hecho nada de provecho.

Para Jefe de la sección médica fué nombrado el Dr. D. Manuel Carpio, joven de aptitud reconocida.

Yo recibí orden de marchar con el General Tapia, llevando á mi mando al Teniente Coronel de infantería Capitan 1.º de artillería, D. José G. Ceballos; al Teniente de P. M. F., D. n Alejandro Pezo; al Maestro Mayor de Montaje, D. N. Marquina, y algunos obreros de maestranza.

Salimos de México en los últimos días de Noviembre, escoltados por un piquete de caballería.

Al llegar á Pachuca, el General fué objeto de manifestaciones de entusiasmo, lo que se repitió en el Real del Monte, Omitlan, y demás pueblos del tránsito. Por último, llegamos á Tampico el día 12 de Diciembre, y á los pocos días supimos la ocupación, en la misma fecha, de Veracruz por el ejército español.

Fué el primer cuidado del General Tapia, arreglar el manejo de los caudales públicos y atender á los empleados y á la guarnición, con sus respectivos haberes. Hacía muchos años que los militares no recibían sus pagas íntegras, y muchas veces no se les asignaba ni lo muy preciso para que se alimentasen pobremente.

En seguida, el General se dedicó á la instrucción y disciplina de las tropas, haciendo que tuviesen constantes ejercicios, y también hizo algunos simulacros. En poco tiempo cambió el aspecto de la ciudad: la población estaba contenta y el comercio se manifestaba satisfecho. A pesar de esto, se empezó á conspirar. Los que sacaban ventajas del desorden no podían conformarse con las medidas que dictaba el General, y se buscaban pretextos para desacreditarlo y disculpar las maquinaciones que se hacían. Se le echaba en cara que había servido al General Santa Anna, y que siendo en Matamoros fiscal de causas, había encausado algunos liberales. Se olvidaba que desde el triunfo del Plan de Ayutla, el General Tapia había prestado á la libertad servicios mucho más importantes que todos sus detractores, sin contar el eminente que acababa de prestar con la derrota de Márquez. Se le acusaba de *mocho* porque quería establecer la disciplina en las tropas, y casi se le hizo un crimen por haber puesto chacó á los soldados, en vez de los ridículos sombreros que tenían.

A pesar de todo, el General seguía imperturbable en su sistema, y muchos le ayudábamos con el mayor gusto.

Como las tropas de la coalición habían invadido el territorio de la República, el General se afanaba para poner la ciudad en buen estado de defensa. En la maes-

tranza que dirigía el Teniente Pezo, se trabajaba todo lo que era compatible con los escasos recursos de que se podía disponer; pero en cuanto á la fortificación, no se daba ni un paso. El General Chavero manifestó que había dejado en la Capital sus instrumentos científicos, y pidió que se le diera dinero para encargar otros á Nueva Orleans. Yo tenía frecuentes entrevistas con el General Tapia, y le manifestaba que era indispensable obrar con la mayor actividad para reparar la fortificación y aumentarla en lo que fuese necesario, pues mientras esto no se hiciera, no era posible establecer la artillería donde se carecía de explanadas y las cañoneras se hallaban deterioradas. El General le urgía á Chavero, que con frecuencia salía á las inmediaciones de la plaza, con el pretexto de hacer triangulaciones, para que procediera á los trabajos; pero Chavero siempre hallaba razones para aplazarlos. En una conferencia, en la que yo estaba presente, anunció que se ocupaba de un proyecto de fortificación para la Barra, cuya obra duraría en su construcción algunos años, requería muchos brazos, y costaría muchos miles de pesos. Esto pasaba cuando de un momento á otro se esperaba al enemigo. Por este rasgo se podrá conocer la esperanza que podía fundarse en este Jefe.

Yo le hice presente que lo que se necesitaba en la actualidad, era cubrirnos violentamente con grandes masas de tierra que protegieran nuestras tropas y artillería, sin cuidarnos mucho de la perfección de las obras, como lo había hecho Totdleben en Sebastopol y como nosotros mismos lo habíamos efectuado en Veracruz, aunque en mucho menor escala, para resistir á Miramón.

Me contestó que aun para eso, era necesario levantar el plano de la ciudad. A lo que le contesté que planos de Tampico, se podían conseguir los que quisiera; pero objetó que los que había no merecían su confianza. En fin, era cosa imposible pretender algo bueno de este hombre, que nunca llegó á hacer nada.

Una noche me acababa de acostar cuando llegó un ayudante del General Tapia, que me llamaba con urgen-